

DICTADURAS E INTELLECTUALIDAD EN EL SIGLO XX EN ESPAÑA

En su esquema dinámico general, la evolución de la situación de la intelectualidad durante las dos dictaduras sincretistas que han funcionado en España en el siglo XX, la de Primo de Rivera y la de Franco, presenta semejanzas indudables: el fracaso de una posibilidad « constitucionalista » (período 1917-22 y Segunda República), el relevo momentáneo de la administración civil por unos gestionarios militares, el establecimiento de una censura que relega a la intelectualidad disconforme a tareas culturales poco politizadas, un desarrollo económico rápido que permite el crecimiento de la capa de los técnicos, ingenieros y administrativos civiles de mentalidad desarrollista; enfín, paralelamente a este desarrollo económico, un aumento en la sociedad de los deseos de libertad, autonomía, democracia, aspiraciones que los intelectuales incorporan en sus producciones del período y que les llevan a ir participando en organizaciones de izquierda más o menos clandestinas.

Si bien en esta evolución general de la intelectualidad se pueden encontrar similitudes entre los dos períodos, no cabe duda de que la intelectualidad, durante la Dictadura franquista, presenta ciertas características relativamente distintas, por ejemplo la importancia del exilio intelectual, una relación distinta entre intelectuales e Iglesia, la desaparición de la utopía republicana y su reemplazo por la utopía socialista, todo ello condicionado, claro está, por el distinto peso sociológico de la clase intelectual. Nos limitaremos, en estos pocos minutos, a evocar estas tres facetas del problema.

1. *El peso del exilio intelectual*

Un factor que no se puede infravalorar en la conformación de las actitudes culturales en España bajo las dos dictaduras es el peso del *exilio intelectual*, sea mínimo pero muy ilustre como bajo la Dictadura de Primo de Rivera, sea numéricamente y calitativamente considerable como durante el franquismo. Gracias a los 6 tomos publicados en Taurus bajo la dirección de José Luis Abellan, ya pue-

de conocerse mejor la gravedad de la amputación sufrida por la clase intelectual española después de la Guerra Civil, y deducirse la acumulación de sentimientos de culpabilidad, rencores y agresividad, a nivel consciente o no, que debió de provocar tanto en las promociones de intelectuales del interior como en los distintos grupos de los del exterior. En su libro sobre el *Pensamiento español de 1939 a 1973*,¹ Elías Díaz pone de relieve la evolución de las relaciones entre ambas comunidades, que pasaron de la hipercrítica a una relativa comunicación, pero no deja de ser cierto, como lo testimonian algunos de los intelectuales interrogados en el libro de Juan F. Marsal, *Pensar bajo el Franquismo*² que, incluso para las generaciones posteriores a la Guerra Civil y que se exilaron durante períodos relativamente cortos, aporta el exilio una fractura («clivage») suplementaria en el fragmentadísimo mundo intelectual español de la Dictadura franquista. Significativas reflexiones de Unamuno sobre este problema se encuentran en su ensayo *Como se hace una novela*, escrito durante su exilio voluntario en Francia después de su destierro en Fuerteventura.

Uno de los puntos de fricción entre intelectuales del exilio y los del interior podía ser el hecho de que aquéllos hablaban desde una posición de élites culturales, pero con la experiencia de haber sido en muchos casos a la vez *clase política*, en una sociedad republicana secularizada en la que la relación al movimiento obrero era posible e incluso obligada. La vinculación con los medios obreros se revelaba altamente problemática para la intelectualidad que funcionaba en España en este período franquista, incluso para los intelectuales afines al Partido Comunista, como lo comprobamos en las pocas biografías actualmente asequibles. No pretendemos con esto dar a entender que los intelectuales de antes de la Guerra Civil se movían en medio de la clase obrera como en su elemento; antes pensamos, como lo demuestra el trabajo de Dolores Gómez Molleda sobre *El socialismo español y los intelectuales*,³ y como lo indica un reciente artículo de José Luis Aranguren, refiriéndose al P.S.O.E.⁴ que los experimentos de los intelectuales con los partidos obreros son «apasionantes» pero «condenados» al fracaso.

1. Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1974.

2. *Intelectuales y política en la generación de los años cincuenta*, Ed. Península, Barcelona, 1979.

3. Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 1980.

4. «Hay lugar para los intelectuales en la política?», in *El País*, 18/VII/1980, p. 9.

2. *Intelectuales católicos e Iglesia*

Una de las principales diferencias entre la vanguardia intelectual de los años de la Dictadura de Primo de Rivera y la del período franquista es su distinta relación con la Iglesia y las organizaciones católicas. Aunque bajo Primo se realizó un desarrollo rápido de la industria y del sector público, el Dictador seguía tributario afectiva y políticamente de la Iglesia. Y la mayor parte de la intelectualidad de estos años, aunque educada por madres pías y en colegios religiosos, salió agnóstica y republicana. En cambio, bajo la Dictadura franquista, la relación intelectualidad-Iglesia resultó mucho más compleja. Primero, porque el Dictador se había colocado gracias a la Guerra Civil, y a la constitución de la Falange y del Movimiento, en posición de relativa fuerza con respecto a la Iglesia, a los partidos de derecha clásica, y a las organizaciones católicas, hasta el punto que por la censura franquista tuvieron que pasar algunas encíclicas. Y segundo, porque el propio desarrollo económico del país fue reduciendo la base agraria de la fuerza eclesial. Así pues, la ambivalencia de las instituciones católicas fue haciéndose cada vez mayor a lo largo de la Dictadura de Franco: en efecto, la iglesia desarrolló cada vez más los « islotes de autonomía » representados por las asociaciones seculares, disminuyendo paralelamente su papel de *legitimación* del poder dictatorial.⁵ Según se acrecentaba el peso demográfico y social de la urbanización, con su corolario del aumento del sector industrial y de los servicios, la Iglesia permitió el desarrollo de las organizaciones obreras católicas y fomentó, de hecho, el entronque entre intelectualidad católica y movimiento obrero en los años 60. Hasta se puede decir, como lo hace Guy Hermet en las conclusiones de su trabajo sobre *Las funciones políticas del catolicismo en la España franquista* que « una fracción importante de los dirigentes del Partido Comunista y de los otros partidos de la izquierda, así como naturalmente de los partidos moderados surgidos después de 1975, proceden de las filas de un militante católico protegido por el episcopado ». Sobre este punto, tenemos que recalcar el papel de ciertos elementos intelectuales, a quienes Amando de Miguel llama maliciosamente « ágrafos », como Ruiz Giménez, Castellet o Jesús Aguirre, como fomentadores de contactos entre marxistas y cristianos y la importancia que tuvo, en esos años, la influencia intelectual del Padre Teilhard de Chardin.

5. Tesis en Universidad de París I, tomo 3, p. 1436.

3. *La desaparición de la utopía republicana y la influencia intelectual del marxismo*

El fracaso de la esperanza *liberal* en 1936-1939 arrastra consigo la desvalorización de la forma política *republicana*, mientras que durante los años de la Dictadura de Primo de Rivera, la *República* representó un centralizador de valores para una mayoría de la oposición, llegando incluso el *mito* republicano a adquirir expresiones populares, como en el caso de la rebelión militar de Jaca. Durante el período 1940-1975, se produce pues una desaparición casi completa del ideal republicano, y una nueva utopía viene a reemplazar, entre los intelectuales, la republicana, y es la utopía marxista, el socialismo, la organización comunista de la sociedad. Indiquemos de paso que es en este tipo de sociedad donde puede el intelectual, más que en la capitalista avanzada, esperar alcanzar el máximo poder social y político, al tiempo que desempeña su papel tribunicio, ya que, en la sociedad socialista, todo el mecanismo social está supeditado a la Ideología, a través de la dominación del Partido sobre los otros centros de decisión (social y económica).⁶ Se produce pues, entre los intelectuales españoles, una inversión de sus posturas en cuanto a la solución de los problemas sociales del país, hecho que señala Dolores Gómez Molleda en su libro ya citado: la autora subraya que a fines del siglo XIX y a principios de éste, los intelectuales son preferentemente *regeneracionistas*, mientras que el movimiento obrero tiende hacia la vía revolucionaria (tanto sus líderes como la base, en su modalidad socialista o anarquista), y que estas posturas se invierten, pasando la intelectualidad a preconizar la revolución socialista en un momento en que el movimiento obrero adopta tácticas reformistas, y todo esto, añadamos, en un momento histórico en que la penetración de los intelectuales en la gestión de la sociedad se hace cada vez más intensa.

Esta penetración se efectúa masivamente, en España, primero bajo la Segunda República, especialmente durante el Bienio Reformador, y luego ya, durante el Franquismo, a partir, *grosso modo*, de los años del Desarrollo, o sea de los decenios 60 y 70 (las tentativas de Fraga por atraer al Ministerio de Información a un cierto número de intelectuales pro-socialistas y pro-comunistas paten-

6. Ivan Szelenyi: « La position de l'intelligentsia dans la structure de classe des sociétés socialistes d'Etat », in Actes de la Recherche en Sciences Sociales, n. 22, juin 1978, Paris, pp. 61-74.

tados corresponden a este proceso). Y curiosamente, es cuando mejor se van integrando los intelectuales, como capa social, en el funcionamiento cotidiano del régimen, gracias al desarrollo económico y social conseguido, cuando gana más terreno entre ellos la ideología marxista y la apología de los regímenes de tipo soviético: dicho de otro modo, conforme se va constituyendo la intelectualidad como una capa social detentora de la mayoría de las funciones de orientación ideológica de la sociedad (a través principalmente de la importancia creciente de los *mass media* y de la enseñanza), van a predominar, para ella, los intereses de *clase* (adquirir, conservar o ensanchar las parcelas de poder social que le son asequibles dadas sus funciones) sobre sus intereses *vocacionales* o profesionales, que son ejercer prioritariamente su función crítica, aunque sea en detrimento de sus intereses de clase. En este proceso, la intelectualidad tiende a privilegiar criterios neo-autoritarios (aceptación de prejuicios dogmáticos, entre los cuales destacan la *Estadolatría*, el razonar maniqueísta por clases sociales y naciones, con su consecuente aniquilación de la dimensión individual y la infravaloración de las mediaciones sociales.

La aceptación por una parte de la intelectualidad española de la ideología marxista a partir de los años 60 reviste caracteres dignos de ser subrayados: primero, *la rapidez*. Llegaron ciertos intelectuales neoliberales, neocristianos o neofranquistas a reclamarse de las premisas marxistas a veces de un modo tan repentino que bien se puede hablar de verdadera *conversión*. El segundo carácter que corre parejas con el primero que acabamos de citar, es la *superficialidad* teórica de esta marxistización. La dialéctica sigue siéndoles ajena y practican una *vulgata* marxista cuya pobreza recuerda el maniqueísmo cerril del dogma católico-franquista que intentó la Dictadura inculcar a sus súbditos. Pero, junto con esta rapidez y esta superficialidad, y a pesar de ellas, existe aún un tercer carácter que nos parece más importante, y es la *ineluctabilidad emocional* del fenómeno. La centralización de los controles, la masificación de los individuos, el poder avasallador de la técnica que son efectos del desarrollo industrial de la sociedad, acaso sean resentidos más intensamente por los intelectuales que por otras clases, dada su función reflexiva y el puesto que suelen ocupar en el mecanismo social. En España, la rapidez y la intensidad del desarrollo industrial de los años 60 multiplicó aún más la fuerza de estos efectos. Ni el catolicismo, ni el falangismo, ni la débil corriente neoliberal, ni los

conatos ácratas de los años 70, pudieron presentar a estos intelectuales una plataforma ideológica capaz de satisfacer sus deseos de explicación totalizante del mundo y de utopía política. El marxismo, en cambio, o más bien el *Diamat* leninista que se divulgaba en España por esos años, les proporcionaba una gnosis de fácil divulgación, respaldada por el éxito, si no económico, por lo menos político del bloque soviético, y además la impresión de estar enlazados con la comunidad de los oprimidos, y por fin, la utopía de un Estado todopoderoso que funcionariza todo el proceso de producción material e intelectual, delegando la función de gestión y de control de este proceso al Partido y a las diferentes entidades burocráticas, dos esferas en las que los intelectuales, como *clase*, podían esperar ocupar fácilmente puestos de responsabilidad. Emocionalmente, tal eventualidad constituye una meta muy gratificadora para el intelectual, pues a la par que le borra la culpabilidad de ser un pequeño burgués traidor a la clase trabajadora, le constituye como guardián de una ideología totalizante capaz de liquidar la tensión mental provocada por el tener que comprender y explicar la complejidad del mundo real.

Este factor *emocional* nos parece fundamental para explicar la rápida aceptación del marxismo por las élites intelectuales formadas bajo el franquismo e instaladas sea en el aparato del Estado, sea en los *mass media*, en la enseñanza o en otros puntos de la sociedad española. En efecto, estos sentimientos de culpabilidad y de angustia que existen entre todos los intelectuales de los países capitalistas (véanse los dos recientes libros de Régis Debray⁷), se encuentran reforzados en el caso español, por varios hechos: 1) Primero, la exiguidad del *público* capaz de captar los mensajes emitidos (tanto en materia de prensa, como de producción editorial, las tiradas son aleccionadoras a este respecto por no hablar de su casi ausencia en televisión). Indiquemos aquí que el público primordial del intelectual que debería ser la *juventud universitaria*, le va fallando cada vez más. Salvo excepciones, los estudiantes universitarios de los años post-desarrollo, dedican su tiempo a estudiar asignaturas cada vez más exigentes y procuran en sus ratos de ocio, que son pocos, desahogarse en prácticas culturales de tipo lúdico (naipes o ajedrez), musical o bien aún deportivo, prácticas todas ellas en las que la letra impresa desempeña un papel modesto. Esta estrechez

7. *Le scribe* (Grasset, Paris, 1980) et *Le pouvoir intellectuel en France* (Ramsay, Paris, 1979).

de la esfera de influencia pública del intelectual le quita autonomía al hacerle tributario de otras fuentes de poder social y de ingresos financieros, y sobre todo, le hace vulnerable entre las presiones de los grupos editoriales, universitarios y de prensa; 2) Otro factor es el hecho de que, a partir de los años 60, los intelectuales, como otras capas de la sociedad, han accedido rápidamente a comportamientos socio-profesionales y de consumo típicos de la sociedad neocapitalista (arribismo y conductas autoritarias en la profesión, carrera al consumismo, prácticas financieras típicamente capitalistas) comportamientos que están en contradicción patente con el esquema mental antidictatorial y prosocialista que constituye su utopía política: con lo cual, el desfase entre teoría y práctica que existe normalmente en la mayoría de las personas iba adquiriendo entre estos intelectuales proporciones alarmantes, generadoras de una culpabilidad mayor de la comúnmente soportada; 3) Un tercer factor, muy importante en el caso español, factor que refuerza el que acabamos de mentar, es decir el desfase teoría/praxis, es la permanencia relativa de una estructuración *tradicional* de la *afectividad*, es decir de los comportamientos referentes a familia, sexo, amistades, jerarquía social y profesional. Con algunos reajustes debidos al desarrollo económico, el reparto de los papeles sociales por sexo sigue siendo rígidamente complementario, los comportamientos sexuales siguen siendo altamente puritanos y conformistas, aún en la práctica del amor libre y de la homosexualidad, y las relaciones amistosas raramente escapan del ámbito de un ritual desecante de cenas, chateos, fines de semana en la casa de campo, ritual cuya meta esencial no es el intercambio cultural o cordial, sino el poner a punto tácticas y estrategias para conservar y ampliar las parcelas de poder social detentadas.

En la reducción de la influencia pública de la intelectualidad durante la última Dictadura, está uno que requeriría mucho estudio para ser abordado debidamente, y es la influencia del renacimiento cultural de las regiones, especialmente el de Cataluña. Evidentemente, en esta parte de nuestro razonamiento, hacemos hincapié en lo que puede tener de frustrante para la intelectualidad de lengua castellana el ver que se le escapa un público de alta calidad que quiere « hacer país », al tiempo que, para los intelectuales de expresión catalana, no deja de tener una faceta negativa esta etapa de autolimitación a los ámbitos de un público del orden numérico de los lectores del diario Avui.

Es innegable que las dos Dictaduras produjeron un acercamiento entre la intelectualidad catalana y la de lengua castellana: su coherencia de grupo se robusteció, a través de manifiestos, manifestaciones y encuentros; y es patente, como lo indica Amando de Miguel en su obra ya citada sobre los intelectuales, que todo ello indicaba « menos una comprensión de la cuestión catalana que la expresión de una solidaridad de la clase intelectual contra la Dictadura de don Miguel Primo de Rivera », en un caso y contra Francisco Franco, en otro.⁸ Con lo cual, de hacerse extensiva esta opinión a la Dictadura franquista, podía augurarse la reaparición de la opacidad en las relaciones entre intelectuales de ambos idiomas al cesar la opresión política, fenómeno que se da, aparentemente, desde el restablecimiento de las normas democráticas en el país, como lo testimonian las polémicas que evoca Amando de Miguel en su libro. Sin embargo, quisiéramos recalcar un punto que matiza algo lo que puede tener de patético este divorcio entre las dos élites culturales del país, y es que lo mismo que la postura antidictatorial no acercaba más que momentánea y superficialmente a los intelectuales catalanes y castellanos considerados como grupos, tampoco representó una contradicción esencial el corte de índole política entre estas dos comunidades que se acentuó con el período republicano o con el postfranquismo. En cada comunidad lingüística, coexisten familias ideológicas, de mentalidades opuestas, que mantienen con la cultura y con los valores éticos fundamentales relaciones dispares. Y siempre se va realizando la unión por encima de barreras meramente políticas o lingüísticas, entre los grupos afinitarios de cada nación.

* * *

Nos damos cuenta, al querer concluir, que nuestra reflexión se ha centrado más bien sobre la intelectualidad del período franquista utilizando sólo a modo de contrapunto los años de la Dictadura de Primo de Rivera y, del mismo modo, las ideas que subrayamos al terminar se refieren fundamentalmente a la segunda Dictadura. 1) La primera idea sería que la intelectualidad, incluso la falangista, al sentirse marginada y censurada, va desarrollando una ideología y un discurso antidictatorial, de matiz liberal, socialista, marxista o ácrata, que coexiste con unas actitudes y comportamientos prácticos neautoritarios coherentes con su instalación en los

8. *Op. cit.*, p. 205.

puntos de gestión que le son propios (enseñanza, *mass media*, profesiones liberales y técnicas, etc.). Evidentemente, al generalizar de este modo, exceptuamos a algunas individualidades que, a través de publicaciones, luchas, dimisiones y exilios, han procurado hacer coincidir la palabra y la conducta. 2) La segunda idea es que la *cohesión* que proporciona la Dictadura a la intelectualidad resulta más superficial que profunda, dada su importante fragmentación (exilio, regionalismos y nacionalismos, cortes generacionales, intensidad de la competencia generada por la multiplicación de los titulados, etc.); 3) Tercero, que esta misma fragmentación como grupo lleva a los intelectuales a consolidar ghettos locales, lo cual reduce simultáneamente las mediaciones con el resto de la sociedad civil, empobreciendo la experiencia vital del intelectual, de donde una de las raíces del divorcio entre la producción intelectual y el público. 4) Cuarto, hay que recordar que como compensación, procuran aumentar en palabra y en contactos con organizaciones obreras la importancia de su papel «tribunicio» entroncando así idealmente con la comunidad de los explotados y procurando transmitir un mensaje neorevolucionario que se revela desfasado con las aspiraciones medias de la clase obrera (véanse sobre este problema, la encuesta de 1979 realizada bajo la dirección de Victor Pérez Díaz). 5) Por fin, nos parece importante indicar que todas estas características que pueden aparecer bajo un aspecto negativo, han generado actitudes complementarias y opuestas en ciertos sectores de la intelectualidad española que han ido constituyéndose en «islotos de autonomía» donde podían seguir ejerciendo en cierta medida la función crítica autónoma y el cultivo de la memoria colectiva e individual, bases ineludibles para el desbloqueo de la afectividad y la comprensión exacta de lo genético y de lo ambivalente. Y más aún, en los propios intelectuales que han padecido, bajo la Dictadura, las limitaciones que indicábamos más arriba, es posible una reestructuración, como lo constatamos por ciertos indicios, del pensar autónomo, y del ajuste con la realidad en su búsqueda de una comunidad humana que comparta, cuando menos, estas dos premisas. Bajo este aspecto, sería interesante realizar un estudio de contenido comparando un grupo de obras de los años 55-65 con otro grupo del final de la Dictadura para averiguar cómo se efectúa concretamente esta evolución de los criterios.

EVELYNE LÓPEZ CAMPILLO
Universidad de París - Sorbona